

Colección
La espuma de los días
1

Nuestras palabras

Educación, mundo clásico y democracia

Nuestras palabras

Educación, mundo clásico y democracia

George Steiner

Adam Zagajewski

Jacqueline de Romilly

Prólogo de **Rob Riemen**



Título: *Nuestras palabras. Educación, mundo clásico y democracia* (vol. I de la serie Nexus en español)

Títulos originales de los textos y traductores:

- Rob Riemen, *Draag de vlag!*; traducción del neerlandés de Jur Schuurman
- George Steiner, *¿Universitas?*; traducción del inglés de Julio Trujillo
- Adam Zagajewski, *Lotta continua*; traducción del inglés de Julio Trujillo
- Jacqueline de Romilly, *Wat elke minister van onderwijs zou moeten weten*; traducción del neerlandés de Jur Schuurman

Primera edición: septiembre de 2023

Diseño de cubierta y colección: ZAC diseño gráfico

© Fotografía de cubierta, templo de Garni en Armenia, Diego Delso, delso.photo, Licencia CC-BY-SA

© Fotografías interiores y de solapa, Nexus Instituut. Rob Riemen, fotografía de Jelmer de Haas; George Steiner y Jacqueline de Romilly, fotografías de Robert Goddyn; Adam Zagajewski, fotografía de Joyce van Belkom

© Nexus Instituut por los textos de George Steiner, Adam Zagajewski y Jacqueline de Romilly, 2023

© Rob Riemen, 2023

© De la traducción, Julio Trujillo y Jur Schuurman, 2023

Publicado por Ladera Norte, sello editorial de Estudio Zac, S.L. Calle Zenit, 13 · 28023, Madrid

Forma parte de la comunidad Ladera Norte:

www.laderanorte.es

Correspondencia por correo electrónico a: info@laderanorte.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, salvo las excepciones que marca la ley. Para fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra, diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos), en el siguiente enlace: www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-1211-521-5

Depósito Legal: M-19165-2023

Impreso en España

Papel 100% procedente de bosques gestionados de acuerdo con criterios de sostenibilidad



Nota de los editores

Bajo el título de *Nuestras palabras*, reunimos tres piezas concebidas por sus autores en el marco de los debates y encuentros que organiza anualmente el Nexus Instituut de los Países Bajos. En el caso de las conferencias, hemos respetado el texto, suprimiendo tan sólo los agradecimientos y despedidas protocolarios, las referencias a otras ponencias no incluidas en el libro y aquellos pasajes ininteligibles sin el contexto oral en que fueron emitidos.

Las palabras de George Steiner pertenecen a la conferencia magistral del coloquio del Nexus Instituut del año 2012, dictada el 6 de noviembre de ese año. Las de Adam Zagajewski fueron pronunciadas el 11 de noviembre del 2006, durante la conferencia «Hacia una definición de la cultura occidental»; trabajadas como ensayo por el autor, se publicaron en la revista *Nexus* (núm. 47, 2007), de donde procede nuestra traducción. Finalmente, las palabras de Jacqueline de Romilly fueron pronunciadas el 4 de diciembre de 2004, en el marco de la Presidencia Europea de los Países Bajos, durante el debate titulado «Europa: ¿una bonita idea?».

Con este volumen, *Ladera Norte* comienza su aventura editorial e inicia su colaboración con el Nexus Instituut, fundado y presidido por Rob Riemen, quien firma el prólogo.

Índice

Rob Riemen: ¡Porta la bandera!	11
George Steiner: <i>¿Universitas?</i>	45
Adam Zagajewski: <i>Lotta continua</i>	69
Jacqueline de Romilly: Lo que cualquier ministro de Educación debería saber	89

¡Porta la bandera!

Prólogo de **Rob Riemen**



Rob Riemen, escritor y autor de
Nobleza de espíritu, Para combatir esta era y
El arte de ser humanos,
es el fundador y presidente del Nexus
Instituut, en los Países Bajos,
una organización dedicada a defender y
promover los valores humanistas.
Desde hace treinta años Nexus organiza
una conferencia anual en la que se da cita
lo más destacado de la política,
la intelectualidad y las artes del mundo
para debatir asuntos siempre profundos y
cruciales.

Para Ricardo Cayuela Gally

En 1948, Europa aún es ese continente oscuro y desolado que dos guerras mundiales y los campos de exterminio han convertido en un infierno terrenal. Para los que sobrevivieron al horror, Estados Unidos es el país de la libertad, la esperanza y las posibilidades ilimitadas de construir una nueva existencia.

En septiembre de 1948, uno de esos supervivientes llega al flamante aeropuerto Idlewild de Nueva York en un vuelo de KLM, procedente de París y Ámsterdam. Es un judío de Hungría, de apenas veinticuatro años, cuyo pasaje (ida solamente) ha sido financiado por unos amigos que, a diferencia de él, tienen dinero. Sus posesiones principales: un visado para Estados Unidos, su violonchelo y un propósito...

Se trata de János Starker. Nace en 1924 en Budapest, donde, como el niño prodigio que es, da su primer recital de violonchelo a los once años. A los doce ya está enseñando el instrumento a sus primeros cinco alumnos, convirtiéndose en su guía en el mundo de la música. Cuando János tiene veinte, Hungría es ocupada por la Alemania nazi. Y el hombre al que su *Führer* encomienda la misión de enviar a todos los judíos a los campos de exterminio, el mismísimo Adolf Eichmann, viaja a aquel país para poner esa tarea en marcha. János sobrevive, pero sus dos hermanos mayores son asesinados.

Que János Starker haya podido viajar a Estados Unidos después de la guerra se lo debe a dos compatriotas de ascendencia judía: Fritz Reiner y Antal Doráti. No tan jóvenes como Starker, estos directores de orquesta ya habían zarpado hacia América antes de la guerra. Allí, siguiendo los pasos de colegas como Arturo Toscanini y Gustav Mahler, pudieron preservar una tradición musical europea que va de Bach hasta Bartók. Ambos sabían del talento musical del joven húngaro, y no tuvieron dudas al incorporarlo como primer chelista a su propia orquesta sinfónica. De esa manera, Starker iba a convertirse en uno de los chelistas más famosos del siglo xx, junto con Pablo Casals, Pierre Fournier y Mstislav Rostropóvich. Empero, mucho más importante que esa bien merecida fama era para él la realización de su propósito, y pudo llevarlo a cabo cuando en 1958 le ofrecieron un puesto de docente en la Escuela de Música Jacobs de la Universidad de Indiana, en Bloomington.

Allí, en la escuela de música clásica de esa pequeña ciudad, tendría la posibilidad, junto a colegas como el pianista Menahem Pressler, que también era su amigo, de formar a nuevas generaciones de músicos en una tradición educativa que él y sus compañeros judíos aún habían podido aprovechar, y que Hitler y sus nazis querían destruir: una *Bildung* o formación espiritual, un conocimiento profundo del patrimonio cultural europeo y sus clásicos; la enseñanza de la búsqueda de valores espirituales como la verdad y la belleza; la consciencia de que la estética y la ética van de la mano, y de que la plena expresión de una obra maestra de la música requiere no sólo perfección técnica sino también compromiso, entrega...

Logró cumplir su propósito. Muchísimos músicos clásicos de todas partes, que luego fueron los mejores de sus respectivas generaciones, han sido formados por János Starker y sus amigos, muchos de ellos judíos.

Así que motivos no me faltaban para invitar a este hombre tan especial. El 13 de mayo de 2006, János Starker estuvo en nuestro instituto para dictar la decimotercera Conferencia Nexus, sobre el tema al que había dedicado su vida entera: ¿Qué es una obra maestra?

Al final de su discurso, Starker observó: «Se me ha preguntado cómo puede ser que, a pesar de todas las lamentaciones de hoy en día que afirman que la música clásica atrae cada vez menos público, yo siga creyendo, como quien dice contra viento y marea, en el futuro de la música. La respuesta es bastante sencilla: he visto el Gulag soviético, la revolución cultural de China y muchos otros horrores, y ahora veo muchos músicos sumamente talentosos, de China, de Rusia, de Corea, hasta de países árabes, que están ávidos de belleza y de saberes. Tengo el deber sagrado, junto con tantos otros, de ayudarlos».

Para János Starker, la formación espiritual y musical de jóvenes con talento es un «deber sagrado», porque, como ya me decía cuando nos conocimos: «En la vida, la música es el único valor humano que siempre está ahí. En los tiempos más aciagos, la música se encarga de que conserves tu humanidad y no degeneres en una bestia. Al perder a mis hermanos, también perdí la fe en Dios y en la humanidad de la mayoría de las personas. Pero conservé mi fe en la música como un medio que transmite los valores humanos».

Después de su conferencia mantuvimos el contacto, y de vez en cuando pude pasar por Bloomington, cuando via-

jaba a Estados Unidos. Sin duda era por su avanzada edad (ya tenía ochenta largos) por lo que János aprovechaba nuestros encuentros para recordar historias de la «vieja Europa», de sus años juveniles en Budapest, y de sus profesores, que en su juventud aún pudieron ver a Brahms, Wagner y Liszt en el escenario. Pero la vieja Europa, la de esa sociedad feudal y clasista, la del antisemitismo, la de la corrupción política y la desigualdad social, era exactamente lo que lo impulsó a marcharse a Estados Unidos. Al mismo tiempo, cultivaba cierta nostalgia de otra vieja Europa, una sociedad en la que, gracias a las ideas de la Ilustración, había podido florecer entre los judíos europeos una verdadera *Bildung*, una formación espiritual en las artes y las humanidades, la filosofía y la ciencia.

Pero ahora, ¡cuántas cosas habían cambiado en esa Europa de su niñez y adolescencia! Ciertamente, después de la guerra se había realizado un milagro económico, la gente disfrutaba de más prosperidad que nunca, pero, según János, toda esa riqueza material no podía ocultar una gran pobreza espiritual. ¿Y Estados Unidos? El aeropuerto de Idlewild en Nueva York, donde había aterrizado en 1948, ya no se llama así. En diciembre de 1963 le pusieron el nombre del presidente que había sido asesinado un mes antes: John F. Kennedy. Y con ese asesinato, y cinco años después el de su hermano Robert, también el país donde él se hizo una nueva vida había cambiado de manera radical. No hay escasez de músicos talentosos, pero ya no se da la situación en que casi todas las ciudades medianas tengan su propia orquesta sinfónica. Además, entre los músicos no ha pasado desapercibido que John F. Kennedy fue el último presidente de EE. UU. que acudía a conciertos de música clásica.

Volví a visitar Bloomington un bonito día de otoño en 2012. La ciudad hacía justicia a su nombre con el follaje anaranjado, rojo y amarillo de los arces, iluminados por el sol. Sabía que sería mi último encuentro con János. Tenía ochenta y ocho años y ahora estaba pagando el precio por los sesenta cigarrillos que fumaba cada día. A pesar de su enfermedad estaba, como siempre, de buen humor. «La vida es demasiado breve como para quejarse, incluso para los ancianos como yo», me dijo más de una vez. Al cabo de una hora me di cuenta de que él tenía que descansar, y yo tenía que seguir. Cuando quise despedirme, János me apretó la mano con firmeza, no la soltó y mirándome fijamente a los ojos me dijo: «*Rob, carry the flag!*». ¡Porta la bandera!

Creo que todos sabemos que en la vida hay ocasiones en la que nos dicen algo que nos impacta tanto que se nos graba en el corazón. En una fracción de segundo comprendemos una verdad que tiene que ver con nosotros mismos, con lo que somos o debemos ser, con lo que hacemos o debemos hacer...

¡Porta la bandera! La bandera a la que se refiere János es la que él ha portado toda su vida. Es la bandera de la República más antigua en la historia de la humanidad: la bandera de la *res publica literaria*, o sea, *la república de las letras*. Es una república sin fronteras, donde todos son bienvenidos para contribuir a un bien común: un mundo en el que todos pueden vivir en libertad y con dignidad. Es la república de las preguntas fundamentales de la humanidad, de los valores espirituales y morales que debemos incorporar. Es la república de un patrimonio espiritual cosmopolita que ofrece a cada ser humano la posibilidad de cultivar su alma con la *Bildung*: la formación filosófica y artística, las letras y las humanidades. Es la única

y exclusiva república en la que puede existir la «nobleza de espíritu», una nobleza que todos pueden y deben hacer suya.

¡Porta la bandera! Es lo que hace Thomas Mann en 1938, diez años antes del aterrizaje del vuelo de Starker en Nueva York, cuando arriba al puerto de esa misma ciudad y se dirige a los periodistas que han acudido ahí con palabras que se volverían famosas: «*Where I am, is German culture*» («Donde estoy yo, está la cultura alemana»). Mann se sabía responsable de la supervivencia de la cultura de Kant, Beethoven, Goethe, Nietzsche, Heine, la cultura del humanismo europeo, la cultura que siempre lo acompañaría durante su exilio en Estados Unidos.

¡Porta la bandera! Es lo que hace Johan Polak, otro superviviente, cuando en 1962 funda su casa editorial Atheneum Polak & Van Gennep y publica los clásicos y la poesía de Europa en bellísimas ediciones, con el mismo objetivo de János Starker: preservar una cultura, en este caso literaria, que los nazis querían ver arder. Polak sabía que sin el mundo del libro nos perderíamos inevitablemente en nuestra propia ignorancia.

Cuarenta años después de la llegada de Starker a Estados Unidos me encontré con Johan Polak. En 1991 publicamos el primer número de nuestra revista *Nexus*, cuyo lema era una cita de las *Memorias de Adriano*, la novela escrita por Marguerite Yourcenar y publicada por Polak: «*Chaque homme assez fortuné pour bénéficié plus ou moins de ce legs de culture me paraissait chargé d'un fidéicommiss à l'égard du genre humain*»¹.

1. «Todo hombre lo bastante afortunado para beneficiarse en mayor o menor medida de aquel legado cultural se me antoja responsable de él, su fideicomisario ante el género humano». *Memorias de Adriano*, traducción de Julio Cortázar.

En 1992, Polak fallece inesperadamente; tenía sólo 63 años. Y en 1994 yo fundo, bajo el mismo lema de Marguerite Yourcenar e inspirado por *La montaña mágica* de Thomas Mann, el Nexus Instituut, con la ambición de hacer accesible la tradición del humanismo europeo cosmopolita, su patrimonio intelectual y artístico y sus valores espirituales y morales; pero no solamente a través de la publicación de ensayos, sino también por medio de charlas, congresos, simposios y demás encuentros, con el fin de *crear claridad intelectual sobre la vida misma*, que es lo que quería conseguir Thomas Mann con su famosa novela de aprendizaje situada en Europa.

Cuando János Starker, despidiéndose de la vida y sosteniéndome la mano con firmeza, me miró a los ojos y me dijo: «*Rob, carry the flag*»; se me saltaron las lágrimas. Nunca había oído la expresión. Pero fue esa frase de János, este docente nato, la que me resumió y encomendó una misión para toda la vida. Bajo esa bandera nació hace tres décadas el Nexus Instituut.

*

Pensando en aquella línea de un soneto de Shakespeare, «invoco el recuerdo de cosas pasadas», rememoro las lecciones que me enseñaron tres intelectuales europeos que tuve el privilegio de conocer en la *Res publica literaria* del Nexus Instituut: el filósofo de la cultura George Steiner, el poeta Adam Zagajewski y Jacqueline de Romilly, la historiadora y experta en letras clásicas. Los tres portaban la misma bandera de Thomas Mann, Johan Polak y János Starker. Nunca para lucirse, sino para enarbolarla como un pendón en el campo

de batalla donde se decide el futuro de la civilización europea. Y por más que sabían que podría ser una lucha en la retaguardia, nunca se dieron por vencidos. Siempre con la esperanza de que después de ellos llegaran otros para responder a la llamada: *¡Porta la bandera!*

George Steiner (1929-2020)

Cambridge, 32 Barrow Road: la imponente casa de George y Zara Steiner, al final de una calle en la vieja ciudad académica. En toda la casa, la gloria modesta de estanterías rebosantes de libros y de discos de vinilo, muchos de ellos de música clásica. Junto a la silla de George, una mesita con su adorado juego de ajedrez. El perro Ben, un viejo pastor inglés, se ha recostado en el piso, a los pies de su amo. Es la mañana de un domingo de primavera, en 2013. Nos acercamos al mediodía y antes de almorzar en la mesa de la cocina es imprescindible que tomemos una copita de jerez. Me hace gracia pensar que, por más cosmopolita que sea, cuando se trata de rituales, George Steiner es tan británico como la reina Isabel.

Desde que pronunció por primera vez el discurso inaugural en una conferencia anual de Nexus, en 2000, nos hicimos amigos, me sentía tratado como un segundo hijo —adoptivo, por supuesto— y regularmente oía el reclamo, siempre cordial, de que ya era hora de volver a visitar Cambridge. Eran invitaciones que, según el tiempo de que disponía, aceptaba con mucho gusto: casi veinte años antes de visitar a George Steiner por primera vez, había descubierto